

# Las Madamas Bovary

Cuando era joven, leí la *Madame Bovary* que tantos dolores de cabeza ocasionara a su autor y aún persiste en mí la sensación penosa que me produjo su lectura. Flaubert asegura que no copió del natural, que su *Señora Bovary* es una creación suya. Sin embargo, yo no olvido que la más extravagante fantasía está tejida con hilos de realidad, y es indiscutible que él picara aquí y allá en la vida para construir la suya. Más de una mujer me confesó, le parece que nuestro Flaubert hubiese pasado horas de horas asomado a su corazón.

Y desde aquella época lejana en que leí este libro triste tengo la obsesión de encontrar en cada mujer que me sale al paso, la *Madama Bovary* que vive en su espíritu. Solamente en esas mujeres de pueblo, muy bastas, que no parecen hechas de carne sino de paja seca, o en estas obesas esposas de burgueses ricos, que ayudaron a sus maridos a amontonar monedas y que no les importó si para ello fue preciso hacer longaniza —solamente en estas, digo—, no hallé la menor señal de que por allí pasara nunca, aquella alma inquieta a la que Flaubert diera forma.

Mi prima, Felicidad, encantadora y dulce mujer que ya ha doblado los treinta años soltera, quizá porque los que han venido a hacerle la corte más bien han maltratado que halagado su corazón romántico, me asegura que en ella no puedo haber encontrado lo que llama “mi manía”.

Yo he evadido mi respuesta para no hacerla sufrir. Si supiera la pobre que en los días de lluvia, cuando la sorprendo con la frente pegada a los cristales de la ventana mirando caer el agua; cuando la siento vagar por la casa con paso de aburrída, y acabar por sentarse al piano a hacerlo cantar fantasías impregnadas de su desaliento, es su actitud para mí, urna de cristal en cuyo interior se levanta la fina silueta de la desgraciada criatura que se hundió en el vicio, por ir a buscar en donde acallar el hambre de su corazón.

¡Ah, Madame Bovary! ¡Cuántas veces ante el gesto de la cabeza de una mujer joven de bello perfil o de líneas desgraciadas, he creído tenerte frente a mí, paseando tu deseo de algo indefinible y tu desesperanza de encontrarlo, frente al cura de yeso que adornaba tu humilde huerto!

\* \* \*

Ya tenía muchas canas mi cabeza cuando dejaron de ser las chiquillas que correteaban por mi jardín. El padre es un viejo verde a quien vi no hace mucho todavía, con los bigotes arriscados y con aires de conquista. Sus hijas parecían no quererlo y aun creo lo miraban con desconfianza. ¿Por qué? ¡Ah!, la verdad es que este hombre es profundamente repulsivo. La madre era una pequeña señora que hablaba con voz atiplada y desagradable; una mujer antipática que se ponía de pie al hablar y os sacudía los dedos delante de los ojos. Muchos detalles me hacían suponer no era muy cordial la existencia de la pareja.

¿Y cómo de semejante unión pudieron salir mis lindas amigas? Nunca he admirado piel más blanca y nacarada, dientes más admirables ni cabeza más hermosa. Todavía me parece ver agitarse sus cabelleras color de madera con reflejos dorados, entre mis rosales.

Eso sí, unas cabezas en que desbordaba la lectura de novelas. Su libro predilecto era *El lirio del valle*. Lo tenían lleno de anotaciones, y Eva había señalado con un lápiz azul una frase que me quedó grabada: "mi corazón irá más alto que el águila y encontrará un amor que no me engañará".

Después que tuvieron veinte años, soñaban siempre con París, sobre todo la señorita Magdalena. Uno de sus amigos que estuvo en Europa, le aseguró que ella tenía el aire de una parisiense, acentuado con aquella su naricilla respingada. Ya no volví a oírla quejarse de su nariz, en otro tiempo su tormento, porque la deseaba recta, ojalá griega. Hablaba de los bulevares como si trotase diariamente por ellos. Estaba suscrita a varias revistas de modas parisienses y las hojaba a cada rato. Comentaba las últimas representaciones de La

Ópera, de La Comedia, etc., y los artistas de más fama en la lejana ciudad de sus sueños, andaban en su boca con una familiaridad que a mí me hacía gracia. No dejaba, los martes, de acudir a un cinematógrafo que en tal día daba solo vistas de Francia. ¡Cuánto gozaba con aquellas carreras de caballos, paseos por el bosque, espectáculos en las playas de moda! Entonces todo lo olvidaba, y su imaginación la ponía entre la multitud de mujeres elegantes que pasaban luciendo sus encantadoras *toilettes*.

—¡Oh! pequeña Bovary —le decía yo—, ¿verá usted alguna vez realizado su sueño de ir a orar al Sagrado Corazón? —escuchándola, pensaba mucho en la otra, en la Flaubert, con sus fantasías sobre aquel París que nunca conoció.

En los últimos años que estuve cerca de ella, se había tornado escéptica, y reía hablando del amor y de los hombres con una risa que sonaba a campana rota. Yo me preguntaba si acaso sabría más en esta materia de lo que todos suponíamos.

\* \* \*

Eva me fue siempre más simpática. Era dulce y silenciosa, y en las reuniones, mientras su hermana atraía una nube de cortejadores con sus *toilettes* chic, su nariz parisiense, su *sprit* y su escepticismo, ella callaba y sonreía. Siempre recuerdo el primer reclamo que hizo el Amor en su corazón de quince años. Llevaba entonces el traje corto y usaba el cabello suelto adornado junto a una sien con un gran lazo negro. Se ruborizaba siempre al hablar y esas oleadas de suave rosa prestaban de su rostro un encanto indefinible. Su profesor de literatura que también era poeta comenzó a dirigirle lánguidas miradas con sus magníficos ojos aterciopelados, y a preferirla entre todas sus discípulas. Y ella se enamoró del guapo profesor que recitaba a Baudelaire y a Poe, con una voz tan aterciopelada como la mirada de sus ojos. Ese amor no fue un pasatiempo para Eva; en otra niña de su edad, menos romántica, no hubiera pasado de la superficie. Se tornó silenciosa y buscaba los rincones para saborear la dulzura que inundaba su interior.

Una tarde sorprendí al señor profesor, leyéndole con acento quejumbroso *La reina de Mayo* de Tennyson, con una mano de la niña entre las suyas.

Imaginad lo que el amable caballero con su doble prestigio de poeta y de profesor, su figura pálida, sus ojos y sus lecturas, haría en el pensamiento de mi amiguita que ya había leído subrayado *El lirio del valle*.

Pero un buen día, supimos que el señor profesor se casaba por otro lado. Eva lloró como haría cualquier mujer en el mismo caso; el señor profesor dijo con un tono duro en el que no había el menor asomo del terciopelo, que él la trató solo como a una pequeña, querida niña, y se alejó...

Eva no se consoló fácilmente y más de tres años pasaron antes de que esa amargura se diluyera en la frescura de su juventud.

¿Así llegaba el amor que imaginó subiendo "más alto que el águila" y que "no la engañaría"?

\* \* \*

Años más tarde, en una temporada de campo en casa de un tío suyo, se encontró con un primo, un hermoso muchacho que sabía tenerse con gallardía sobre un caballo y enlazar toros a la carrera. Creyó que el amor entrevisto en sus novelas, se realizaba en este mozo sano, alegre y oloroso a montaña. ¡Le hablaba con una ingenuidad tan encantadora de su amor, mientras se paseaba lentamente por los campos! Su primo no le recitaba largas tiradas de Tennyson ni de Baudelaire... ¿pero, acaso no sentía aversión por el amor envuelto en literatura, que para ella estaba encarnado en el profesor de antaño? ¿No era preferible su primo, oloroso a montaña y que parecía tan sincero, aunque no supiese que había existido un Poe?

Mas después la ausencia hizo de las suyas, y el primo oloroso a montaña se casó con una señorita heredera de una dote nada despreciable.

Quizá el primo oloroso a montaña reflexionara que Eva era una encantadora muchacha, pero que con eso no se vive.

\* \* \*

Desfilaron otros galanteadores ante las dos muchachas. Entre los de Eva, pasó un pequeño oficial, delicado y seductor, perteneciente a unas de las familias más distinguidas del país, quien tuvo temor de comprometer su corazón con una señorita cuya posición era inferior a la suya. Y se alejó también...

Las miradas de mis amigas me hacían en aquella época el efecto de peregrinos en busca del amor, pero en mi predilecta eran más tristes, y más sin fuerzas. Cuando me hacía sus confidencias, yo creía escuchar a sus ojos preguntarme: "¿Sabéis en dónde está el Amor? ¿Lo habéis visto alguna vez?"

Le llegó su turno a la Ciencia, bajo la figura de un doctor en Ciencias Naturales, graduado allá en París.

Con toda su coraza de sabiduría no pudo resistir una noche al encanto que había en la señorita Eva.

Al principio creí que mi amiga había dado con un amor que la hacía feliz: ¡tenía nuestro doctor tal apariencia de sabio humilde con su cabello peinado sin afectación, su aire sencillo, sus largas horas mirando por el tubo de un microscopio y sus paseos por el campo, atisbando las costumbres de los pájaros de nuestro país o levantando cortezas podridas para sorprender insectos! Además hablaba de no concebir la Ciencia como una taciturna lechuza, sino como una bella mujer desnuda en armoniosa actitud.

Fue un plan suyo el que me enterneció y me hizo fantasear con más locura de la que acostumbró. Quizá ayudó también mi deseo de ver dichosa a la pobre criatura que a menudo me abría su pensamiento.

Le aseguré que este hombre era un pedazo de bondad que iba por la vida. No conozco los bretones sino a través de un libro de Renan; pues le dije que su sabio parecía un bretón, por sus grandes ojos soñadores, su cutis pálido y su apariencia descuidada. En otra

ocasión se lo comparé con Fabre el célebre entomólogo provenzal. Y cuando me anunció su proyecto de hacer un estudio muy complejo sobre la *Zonotrichia pileata* (nuestro humilde comemaíz) con rasgos muy importantes que los ornitólogos no percibieran hasta entonces, casi perdí mi serenidad. ¡Oh!, ¡qué corazón de poeta tenía nuestro sabio!

Pero el tiempo se encarga de arruinar hasta los templos, y llegó un día en que el doctor me cansó con su eterno *yo* y acabé por descubrir en él a un egoísta de los más vulgares. Iba por la vida con los ojos puestos en su comodidad, dando codazos y pisotones y echando mano hasta del cinismo.

Cuando Eva se tornó para él en una costumbre, expresaba en su presencia pensamientos que debían lastimarla:

—¡Casarse! ¡Qué disparate! ¿Pero no sabíamos que a Pasteur en el día de su boda se le esperó en vano, y hubo por fin que ir a buscarlo a su laboratorio, en donde estaba abstraído con no sé qué bacilos, sin pensar en su boda? Los hombres de ciencia no debían pensar en el matrimonio. Podían lucir mujeres, pero como se ponían flores en el ojal, que luego se tiran en cualquier parte.

Yo deseaba escuchar sus conversaciones íntimas con aquel Narciso. Me preguntaba qué sentimiento la mantenía cerca de semejante sabio.

¿Sería este su renombre de sabio, lo que esclavizaba su voluntad tan anhelosa de idealidades? Yo experimentaba una especie de ira, cada vez que sorprendía a mi amiga mirándolo con ojos ansiosos y desesperanzados, de quien se asoma a la boca de un pozo muy hondo, buscando algo precioso que supone está allí.

Fue entonces cuando su lindo rostro tomó la expresión de desconsuelo que el tiempo no podrá borrar nunca. Dejó de pintarse unos días las mejillas y los ojos, descuidó su vestido y se pasaba las horas muertas tumbada en una poltrona. De noche cerraba su ventana con un ademán cansado, muy despacio... parecía aguardar algo en la oscuridad.

Magdalena no era tampoco feliz. Un comerciante rico, dueño de una papada y de mucho dinero, pretendía hacerla su esposa. Era un buen partido y esta idea hacía recibirlo a veces amablemente, pero en otras no podía soportar sus carcajadas vulgares ni su papada.

La vida cotidiana de mis amigas en ese entonces no puedo olvidarla: al abrir su ventana por la mañana, tenían los extremos de la boca caídos, al igual de la Bovary cuando no sabía qué hacer de su corazón. Miraban arriba y debajo de la calle. Y por mucho tiempo sus ojos encontraron la misma visión y sus oídos los mismos ruidos; el viejo zapatero martilleando en el umbral de su cuarto, la pobre mujer del sastre colgando sus harapos de una cuerda, el señor magistrado que pasaba leyendo su periódico, con su andar-cillo menudo, su vestido negro immaculado y su perrillo que le seguía agitando el cascabel. Las despertaba el afilador con el retornado metálico de su silbato; más tarde pasaba el italiano de edad indefinible, tintineando en su triángulo de metal, para avisar a la chiquillería de la vecindad que allí iban los barquillos.

Después bostezaban, regaban las plantas, cosían sus vestidos; algunas veces iban a las tiendas.

Como mi mesa de trabajo estaba frente a su casa, no tenían que hacer ningún esfuerzo para seguir sus movimientos. Yo las sentía tras sus cortinas leyendo o dando lustre a sus uñas. Casi siempre a las tres de la tarde comenzaban su tocado: el baño, el masaje, la capa de albayalde con agua de rosas en el cuello y en los brazos, el agua para encender las mejillas y el negro en las cejas y en las ojeras.

Al anochecer, salían cogidas del brazo, con sus bonitos trajes confeccionados por ellas mismas según las últimas modas parisenses, a pasear por las calles embaldosadas del Parque Morazán. Durante varios años concurrieron allí todas las tardes de verano. Quizá aún lo hagan.

Tal vez como ya era viejo, me extrañaba no se aburrieran de hacerlo.

Es este un jardín público que parece ser la propiedad de la juventud de nuestra burguesía. Es preciso pasen los años, antes de que se pueda encontrar por las tardes en él un rostro, nuevo. Durante muchos veranos, hallaréis las mismas muchachas paseando por sus calles su juventud, sus ilusiones y sus desalientos; los mismos caballeros que charlan y siguen con ojos golosos el ir y venir femenino. De lejos, toda aquella gente parece formar un solo grupo; mas, al acercarse se notan las divisiones. Los unos murmuran de los otros, se comenta con voz ahogada la cantidad de honor que posee cada cual, se exponen los defectos y los graciosos hacen el ridículo entre coros de carcajadas.

Mis amigas regresaban casi siempre acompañadas. Recuerdo haber visto a Eva volver del jardín público, con el primo oloroso a montaña, con el pequeño oficial... hubo otros que se han borrado de mi memoria... En los últimos tiempos en que fui su vecino, quien la acompañaba era el sabio. Después las oía charlar hasta las diez o las once. Retirados sus amigos, comenzaban con gestos aburridos a deshacer su tocado en el que tanto afanaran por la tarde. Y pocas cosas en la vida me han dado tanto frío, como el contemplarlas quitándose sus adornos. Después cerraban la ventana...

\* \* \*

La última vez que estuve con la señorita Eva fue en un concierto. La acompañaba su sabio. Mientras la música temblaba en el aire con una dulzura de noche de luna, ella tenía puesta la mirada en él. La música conmovía seguramente su alma de romántica y quizá deseaba tener cerca otra con la cual la suya pudiese hablar. El doctor entretanto contemplaba el techo y por lo que me dijo luego, deduzco se ocupaba en el nombre que convenía dar a un ejemplar nuevo, encontrado por él en el orden de los himenópteros. Tenía la imaginación frente a su ejemplar colocado en la vitrina de no sé qué instituto de París, con la leyenda a un lado en la que campearía su nombre declinado en latín.



Eva volvióse a mí con su aire de desencantada. Le dije: —Amiga mía, ¿no encuentra usted el fondo? —hizo que no me comprendía, pero sus ojos me contestaron: “Me basta hundir la punta de mi dedo meñique y lo hallaré duro y erizado de pedruzcos”.

Pobre chiquilla que una vez subrayó con lápiz azul en un libro de Balzac: “mi corazón irá más alto que el águila y encontrará un amor que no me engañará”.

\* \* \*

Las he perdido de vista. ¿Se habrán casado?

Quién sabe si en este momento Magdalena tumbada en un sofá de su salón oiga la lluvia y contemple la papada de su marido mientras se imagina vestida con el discreto traje de las enfermeras curando las heridas a los soldados franceses. ¿No la tomarían ellos también por una parisiense, al ver su naricilla respingada?

¿Y la señorita Eva? No es difícil que ande todavía buscando el amor del doctor en Ciencias Naturales, perdido en las profundidades y vericuetos de su sabiduría. Si ya es su esposa, acaso soporte esta noche uno de sus terribles malhumores que se dice atacan muy a menudo a los sabios de renombre.

1918